

Comunicar para construir una cultura del Encuentro

Eliana Rozas

Facultad de Comunicaciones de la UC

Santiago, 24 de abril de 2017

Muchas gracias por invitarme a participar en este encuentro, al que vengo un poco intimidada por la experticia de Ana María Celis y del padre Mendoza. Una experticia que yo no tengo.

La pregunta que convoca a esta mesa es Cómo puede la Iglesia dar cuenta de su misión y de su actividad hoy. Ciertamente la formuló alguien que cultiva la virtud de la esperanza y cree que ella puede ser respondida hoy, aquí. Con la notable transformación que ha experimentado la Iglesia en la percepción social, así como con los impresionantes cambios del entorno comunicacional, es bien difícil decir algo que tenga visos de certeza en esta materia. Más bien, lo que quisiera aportar son algunas reflexiones modestas, acerca de las actitudes con las que creo hoy es necesario abordar los desafíos comunicacionales.

Destaco la cuestión de las actitudes, porque creo que es en ellas donde se juega hoy, no sé si siempre, pero al menos hoy, la comunicación de la iglesia.

Digo lo anterior, sin dejar de lado, obviamente, la idea de que la iglesia de la que formamos parte es una caminante permanente, que no puede afirmar "Llegamos" y sentarse a descansar, sino que sólo puede permitirse una breve detención para tomar nuevos bríos, como decimos en Chile, para hacer un arito en el camino.

El padre Cristián se ha referido a la cuestión de la transparencia, que conoce con profundidad. Este es sin duda un valor adveniente, no sólo para efectos eclesiales, sino para la sociedad en general. Una creciente horizontalidad de los roles sociales demanda necesariamente una mayor transparencia. Eso supone dos cosas. Por un lado, un compromiso acerca de cómo comportarse en relación con los otros, con la comunidad y, por otro, una disposición a permitir que ese compromiso sea verificable por los otros. En el fondo, exige dos actitudes por parte de aquel que transparenta: respeto y humildad. Respeto por los otros y humildad ante los otros. Como tan bien ha planteado el padre Cristián, eso significa transitar desde el honor hacia la justicia.

Con frecuencia en estos tiempos se habla de la necesidad de recuperar la confianza, que las encuestas muestran bastante averiada. No sólo en nuestra iglesia, por cierto. Constantemente, también en el mundo político y empresarial, oímos interpelaciones en ese sentido: recuperar la confianza. Pero esa demanda no pasa de ser manifestación de puro voluntarismo. La confianza no surgirá de la aspiración de tenerla, ni siquiera del llamado a tenerla. La confianza sólo puede reconstruirse, entonces, sobre la base del respeto y la humildad. Y ese será, además, un camino largo, me parece.

La transparencia y todas las acciones en pro de ella son, en general, un derivado del nuevo modo en que nos entendemos parte de una comunidad, parte de la sociedad. Pero en el caso de la Iglesia son además un mínimo "higiénico", indispensable para abordar la crítica situación provocada por los abusos, que hemos visto en nuestro país y en tantos otros.

Sin embargo, la transparencia, siendo indispensable, no puede dejarnos tranquilos para efectos comunicacionales. Porque no agota los desafíos que estos hechos horribles han provocado o han puesto de manifiesto. Y por lo que toca a la comunicación más profunda y permanente que uno debería esperar de la iglesia, la transparencia paradójicamente ni siquiera puede ser vista como un valor.

Algunas palabras a los otros desafíos, más allá de la transparencia, que estos hechos nos han puesto por delante.

La cuestión de la transparencia está vinculada a mostrar A OTROS lo que se hace y cómo se hace y, en el abordaje del problema, me parece necesario ahondar en la cuestión de cómo se construye CON OTROS. Es decir, cuáles son los vínculos sanos -comunicación al fin y al cabo- entre laicos y religiosos, en general; entre la iglesia y los cristianos alejados y entre la iglesia y los no cristianos y no creyentes.

Estos desafíos demandan, creo yo, la necesidad de abandonar la actitud de comunicar A otros y desarrollar la actitud de comunicarse CON otros. Atreverse a no ocupar siempre el territorio de la expresión, del que habla, y ocupar también el de la recepción, del que escucha. Procurar ser más plásticos, en el sentido de no ocupar siempre la posición del que, desde lo alto, se dirige hacia abajo, hacia los que no saben o no entienden y atrevernos a situarnos en la posición del que aprende. Comportarnos en esta materia conforme a lo que declaramos: que el espíritu sopla en todas partes y que en cualquier parte y en cualquier otro podemos encontrarlo. Preferir acompañar que prescribir. No imponernos siempre la agobiante obligación de dar respuestas y atrevernos a declarar que estos tiempos también nos desafían con preguntas. Entender que los silencios que hacemos para oír la voz de otros a veces pueden comunicar mucho más que nuestras palabras.

Para decirlo brutalmente, me parece que entre los no creyentes el cúmulo de los casos de abuso ha traído consigo la constatación de que la iglesia de los perfectos estaba horadada. Comunicacionalmente, nuestro discurso, si no estaba construido sobre una suerte de supremacía moral, al menos así era percibido. Hemos sido percibidos como presentándonos moralmente superiores y con frecuencia poco misericordiosos.

Específicamente en cuanto a los vínculos entre laicos y religiosos, pienso que este comunicarse CON en vez de comunicar A supone abandonar un cierto clericalismo, que parece haber sido alimentado tanto por sacerdotes como por laicos. Creo que ahí hay mucho por avanzar y ello tiene implicancias directas en el ámbito de la prevención. Pero no sólo es necesario avanzar por motivos de prevención.

En su carta al cardenal Marc Ouellet, en su calidad de presidente de la pontificia comisión para américa latina, hace un año, el Papa Francisco mencionaba el clericalismo como una deformación muy propia de la iglesia latinoamericana, que es necesario superar. Algunos de los efectos de ese clericalismo, decía, es que ha conducido a lo que llama una “funcionalización del laicado”, conforme a la cual nos hemos transformado, en las elocuentes palabras del Papa no las mías, en “mandaderos”. Eso, dice el Papa, también se manifiesta en la idea de que el laico comprometido es aquel que trabaja en las “cosas de los curas” (una idea que es tanto de sacerdotes como de laicos), lo cual ha terminado creando una “élite laical” y descuidando a ese laico “que a veces quema su esperanza en la lucha cotidiana por vivir la fe”.

Creo percibir que una de las cosas que produce más desazón entre los laicos creyentes, en el contexto de esta crisis, es la impresión de que durante mucho tiempo ha habido mucho rigor para algunos y tanta indulgencia para otros. Y me pregunto si ese análisis no es consecuencia de la vivencia del clericalismo. Pero al mismo tiempo no puedo dejar de pensar que la visibilidad que han tenido todos estos dramáticos casos, puede servir para hacer conciencia sobre la necesidad de abrir un camino de humildad y de mutua empatía –insisto de mutua empatía- entre laicos y religiosos.

Decía hace unos minutos que por lo que toca a la dimensión más profunda de lo que somos llamados a comunicar, tal vez la transparencia ni siquiera sea propiamente un valor. Más bien al contrario, porque, paradójicamente, el amor de Dios es por definición misterioso y asimétrico.

En su libro “La sociedad de la transparencia”, el filósofo coreano Byung Chul Han, plantea la contracara de este nuevo valor. Una contracara que es necesario tener en cuenta cuando se trata de la comunicación de la misión permanente y más profunda de la Iglesia.

Porque si bien para efectos del tratamiento que se dé al horror de los abusos, a las cuestiones económicas, a ciertas dimensiones de la administración y el gobierno de la Iglesia, la transparencia

se nos ha vuelto un mínimo indispensable, no podemos entender que en ella se agota todo nuestro trabajo comunicacional.

La transparencia no es capaz siquiera de dar cuenta de las dimensiones más profundas de nuestra vida y de nuestras relaciones con otros. Para que decir de la fe.

Parece un juego de palabras pero no lo es: La transparencia es útil para revelar aquello que debe ser expuesto y por lo que debemos ser observados, pero es incompetente frente a la Revelación.

La transparencia aspira a borrar las relaciones asimétricas, lo cual es muy bueno. Pero una parte de nuestra comunicación no puede olvidar que el amor de Dios es siempre asimétrico, desproporcionado e inmerecido. Y que hasta el amor humano es tal, en la medida en que no atiende a las simetrías.

Entonces, si bien es necesario realizar todos los esfuerzos en pro de una mayor transparencia de los ámbitos que ya hemos mencionado, es necesario rendirse a la evidencia de que nuestra comunicación también debe dejar espacio al misterio.

Byung Chul han llega a decir que la transparencia es una figura contrapuesta a la trascendencia. Y que estamos sometidos a una coacción de la exposición, donde todo se mide por su valor de exposición, donde el exceso de exposición vuelve todo una mercancía.

Llevándolo al territorio de la relación amorosa, sostiene que lo evidente, lo transparente, el exceso de exposición que hay, por ejemplo en la pornografía “no sólo aniquila el eros, sino también el sexo”.

Con esto no quiero minusvalorar la transparencia como un objetivo de la comunicación de nuestra iglesia. Muy por el contrario, lo que planteo es que ese es simplemente un mínimo, que alude a una dimensión de ella, pero que no podemos darnos por satisfechos con ser transparentes, ni puede la transparencia copar toda nuestra comunicación.

Me parecen sugerentes las palabras de Han en cuanto a la coacción de la exposición en nuestra sociedad y me parece necesario tenerlas en cuenta a la hora de resolver acerca de nuestras comunicaciones. Y en esa materia, creo necesario siempre hacer prevalecer el sentido de la comunicación para la comunidad, por sobre la comunicación en cuanto tal. Es decir, no buscar tanto la exposición por sí misma; huir del ranking de las apariciones. Cuánto –cuántas veces salimos en los medios- es una pregunta que mata.

Pero el silencio a veces también mata. Cuando la tempestad arrecia, con frecuencia surge la idea de las pequeñas comunidades originarias, la metáfora de los primeros cristianos y, con ella, la tentación de las catacumbas, de sumergirse, del silencio. Estoy convencida de que no es tiempo para catacumbas. De que urge acompañar y dejarse acompañar; preguntarnos qué tenemos que decir para dar sentido y también qué tienen que decirnos.

Ya para terminar, permítanme que recuerde uno de los pasajes bíblicos más bonitos, que viene muy bien a la idea de acompañar y dejarse acompañar. Me conmueve mucho la imagen de Jesús sediento, en el evangelio de San Juan, pidiendo agua a la mujer de Samaria. Y es conmovedor, como hace notar la mujer en ese pasaje, que un judío pida agua a una samaritana. Pienso en nuestra iglesia pidiendo agua. En Chile se dice que alguien llegó a “pedir agüita”, para referirse habitualmente a una persona que antes estaba en una posición aventajada y que ahora pide ayuda. Yo creo que sería muy bueno que nosotros, la iglesia, nos atreviéramos a pedir agüita.